

La bicicleta: la libertad de hoy

Santiago Arango Muñoz

La pandemia generada por el coronavirus ha restringido nuestra circulación. Desde mediados de marzo, las medidas tomadas por el gobierno han exigido el resguardo de las personas en sus casas con el fin de no desbordar el sistema de salud. Sin embargo, lo que empezó como un aislamiento preventivo, terminó siendo un confinamiento obligatorio que se extiende mes a mes. Ante esta situación, el cuerpo resiente el sedentarismo; por ello, la bicicleta se perfila como la mejor solución.

La bicicleta me es un objeto querido y, aunque nunca he sido un gran ciclista, me ha acompañado en varias de sus versiones a lo largo de mi vida: desde la bicicleta de bicigrós con ruedas auxiliares, pasando por una todoterreno hasta llegar a la bicicleta urbana. Mi primera bicicleta me la regalaron mis padres cuando tenía aproximadamente cinco o seis años. Era una bicicleta de bicigrós negra con rueditas a los lados para evitar las caídas. Mi papá me enseñó a montar y pronto le retiró las ruedas. Recuerdo claramente mi primera caída, la primera y última vez que intenté correr en una pista de bicigrós: al pasar el primer montículo, perdí el equilibrio y me clavé de cabeza en la arena. Nunca más quise volver a intentarlo.

Después de la bicicleta de infancia, tuve una todoterreno negra que me acompañó el resto de la adolescencia. Fue con esta bici que aprendí a moverme en la ciudad, a esquivar los autos y a saltar de la vía al andén y viceversa. Con mis amigos de aquella época, recorríamos el barrio de un extremo a otro, nos pegábamos de los autos para subir las lomas y luego hacíamos carreras en el descenso. Aún no comprendo cómo fue que no tuve ningún accidente en aquel entonces.



Luis Camnitzer. *Fenster*. 2001

Durante los años en que viví en París no tuve una bici propia. Sin embargo, justo en la esquina de mi cuadra había una estación de Vélib', las bicicletas públicas de esa ciudad. Su nombre es un acrónimo: vél de vélo (bicicleta en francés), y lib, apócope de *liberté* (libertad en francés). En ese contexto, la libertad consistía básicamente en que uno se desplazaba a donde quería y luego era libre de dejarlas donde quisiera (como se verá, no es esta la libertad a la que se refiere el título de este texto). La vélib era el medio ideal para transportarse en París sin tener que usar el metro sombrío, caluroso y nauseabundo, y sin tener que soportar el tráfico pesado en los buses. Además, brindaba la ventaja de que se podía usar para volver a casa después de pasar una noche entre amigos, en la madrugada, cuando el metro estaba

cerrado. Nada más placentero que recorrer en bicicleta las calles-museo de París, pasear por el Sena o el Canal Saint-Martin e ir de pícnic en verano.

La primera bici que compré con mi propio dinero fue una bici urbana azul en un mercado de segunda mano en Colonia (Alemania). Quería una bici alta que me permitiera mantener una posición erguida y cómoda. Además, esta traía varios elementos que me parecían importantes por aquella época: guardabarros delantero y trasero, un dínamo que generaba luz para las farolas y un portaequipaje. Los fines de semana tomaba la bicicleta y me iba de paseo. A veces salía a visitar amigos o algún mercado de pulgas en otro barrio; otras veces, me iba a nadar en algún lago aledaño, o subía por la orilla del Rin disfrutando del paisaje. Barcos cargados de carbón subían hacia el Mar del Norte y se perdían en el horizonte; las granjas antiguas de los arrabales se entremezclaban con la zona industrial y sus ruinas; el silencio interrumpido apenas por el silbido del viento, el sonido de las hojas secas bajo las ruedas y el canto de uno que otro pájaro a la vera del camino.

Fue en esta bici azul que tuve mi segunda caída memorable. Una noche iba para una fiesta con un amigo y, al bajar de manera rápida y descuidada un escalón, perdí el control y me fui de bruces contra el asfalto, propinándome un golpe fuerte en el mentón. Inmediatamente brotó la sangre y, al palpar la herida y sentir el hueso, supe que no habría fiesta y en cambio tenía que dirigirme al hospital (en bicicleta, por supuesto). La cicatriz de tres puntos en mi mentón aún me recuerda esa noche, cada vez que me miro en el espejo.

Hace unos años, al regresar a Colombia, compré otra todoterreno negra de segunda mano, con rines y manubrio rojos. Era una bicicleta sencilla y un poco desvencijada, al punto que

un amigo dudó montarse en ella cuando se la presté para dar una vuelta. Me miró a los ojos y me preguntó: “¿Estás seguro de que sí resiste?”. El caso es que estaba pensada para moverme en la ciudad y poder dejarla amarrada en cualquier lugar sin temor a que me la robaran. Sin embargo, recientemente, la situación de encierro me motivó a comprar una bicicleta todoterreno nueva, mucho más moderna y ligera, perfecta para subir las montañas que rodean a Medellín y recorrer distancias más largas.

Al parecer, no soy el único que ha comprado bicicleta. Según noticias recientes, las ventas de bicicletas se dispararon mundialmente por la aparición y diseminación exponencial del coronavirus. Al parecer, las personas decidieron invertir en este medio de transporte toda vez que les permite evitar el contacto con otras personas en los medios masivos de transporte como el metro o los buses. Desde esta perspectiva, el uso de la bici no es más que una reacción suscitada por el miedo al contagio. Pero los que día a día salimos a montar y a deslizarnos por las calles y carreteras sabemos que es mucho más que eso; hay otra forma de entender el uso de la bici. Ante las medidas estrictas de distanciamiento social y la prohibición de libre circulación en la ciudad, la bicicleta es la libertad de hoy. La bici te permite salir a cualquier hora y a cualquier lugar, so pretexto de estar haciendo ejercicio. Te permite abandonar tu casa, tu escritorio, y disfrutar una vez más de la luz del sol sobre tu piel, respirar el aire fresco y sentir el viento entre tus ropas. Usar la bicicleta no es una mera reacción suscitada por el temor, sino una reafirmación activa de la libertad.

Santiago Arango Muñoz es profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Doctor en Filosofía de la Universidad Ruhr de Bochum (Alemania).